



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents

484 1 1001, 171

ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 10

SEMANAL

PRE-
CIO:

5 ENERO
1936

POPULAR

10
CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra. Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de mísero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre, y este ocultó el motivo de la visita. En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo. La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente inutilizada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía. Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterrorizó. Ella desconocía el nombre de su padre. Su na-

mirando hacia el sitio donde se habían quedado la condesa y su criada—¿Y las dos mujeres?

—¡Salir! —gritó fuera de sí el conde— ¡Si tal cosa hubiese visto no habrían conseguido escapar!

—¡Padre mío!

—¿Acaso no las habéis visto salir?

—Lo que primero fue una broma, convirtiéndose en punto de honor; y eso de que se hayan ido sin que yo las conozca, cuando tal vez ellas me han conocido... ¡Vive el cielo! ¿No se os alcanza que quedo en una situación ridícula, y que mañana andará mi nombre de boca en boca por esas calles de Madrid?

—No sucederá.

—¿Quién puede garantizarlo?

—Yo, padre mío.

—¿Conocéis a esas mujeres?

Dudó Leandro algunos momentos, y al fin respondió:

—Sí.

—¿Quiénes son?

—No puedo decirlo.

—¡Os lo mando! —gritó imperiosamente el conde.

—Perdonad; pero...

—¡Soy vuestro padre!

—No lo olvido.

—¡Responded!

—¡Imposible!

—¡Oh!

—Cuando una mujer me confía su honor, consiento morir antes que faltar a mis deberes de caballero.

Esta era una suprema razón, a la que el conde no podía oponer ninguna otra.

—Está bien, caballero, y yo no he de aconsejaros que olvidéis quién sois; pero tal vez confiáis demasiado en la discreción de esas dos mujeres, que serán muy honradas, aunque hay motivos para ponerlo en duda desde

que se las encuentra a estas horas en la calle, y en esta casa, donde no me parece que viva ninguna persona decente.

—Padre mío —respondió Leandro—, las apariencias engañan fácilmente, y tanto es así, que vos, a pesar de ser quien sois, os encontráis en esta casa.

—¿Queréis comparar a los hombres con las mujeres?

—No; pero...

—Ahora decidme quién es ese hombre que os acompañaba.

—Uno de mis amigos.

—Pero su nombre...

—Pronunciarlo sería lo mismo que revelar un secreto que también se ha confiado a mi honor.

—Pues no me parece que vuestro honor sea el arca donde se depositan todos los secretos de la Humanidad.

—Tal vez.

—¿Y vos, qué hacíais por aquí?

—He pasado por casualidad.

—¡Por Dios vivo! ¡Tanta casualidad, tanta coincidencia me da mucho que pensar! ¿Y cómo habéis podido nocer a esas dos mujeres?

—Las conocí mi amigo.

Así hablaban cuando la vieja, que ya había perdido miedo, salió otra vez con una luz y se acercó al conde Leandro; pero apenas fijó la mirada en éste, dejó escapar una exclamación de sorpresa, y, sin darse cuenta de lo que hacía, dijo:

—¡Es el mismo, sí; el mismo!

Esto llamó la atención del conde estas palabras. Su rostro, vivamente contrariado, dijo ásperamente a la vieja:

—¡Nadie os llamado; idos, por si os cuesta cara vuestra curiosidad!

Al oír esto, iba la vieja a responder; pero el conde la interrumpió, diciendo al joven con severo tono:

— ¡Dejadme!

Forzoso le fue a Leandro obedecer, y, aunque de muy mala gana, atravesó el patio y salió. Entonces el conde de Rocanegra preguntó a la bruja:

—¿Conocéis a ese caballero?

—Ignoro su nombre; pero le he visto muchas veces.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En esta casa?

—Pues si es el mismo de que tengo hablado a vuestra señoría tantas veces!

— ¡El mismo! —murmuró el conde con sorda voz y en tanto que su rostro palidecía.

—Sí, señor.

—¿Estáis segura de no equivocaros?

—Segurísima; y lo mismo que yo digo diría toda la vecindad, y particularmente el señor Policarpo.

—¿Quién es ese hombre?

—El sastre, el portero.

— ¡Vive Dios!

—Pero, ¿qué le sucede a vuestra señoría? Se pone muy pálido, y... ¡Ya se ve; el disgusto!...

— ¡Dejadme en paz!

La vieja no se atrevió a replicar, y se dirigió a su aposento.

Entretanto el conde, muy pensativo, salió de la casa.

—¿Qué debo hacer?—decía mientras atravesaba la plazuela de Herradores hacia la calle Mayor— Según todas las apariencias, mi hijo está enamorado de esa mujer, y enamorado tan ciegamente, que la respeta y es capaz de cometer por ella todas las locuras imaginables. ¿No es esto una razón más para que yo ponga en práctica mis planes? Así lo haré, aunque no sea más que para evitar consecuencias mucho más graves.

Suponemos que el lector quiere saber lo que el conde

hacía en aquella casa y qué papel representaba la vieja; y como todo ha de ponerse en claro, más o menos tarde, empezaremos desde ahora a dar explicaciones.

El conde de Rocanegra, de cuya vida desordenada hemos hablado ya, había visto por casualidad a Consuelo, y la belleza de ésta le impresionó vivamente.

A pesar de sus cuarenta y ocho años, las pasiones estaban demasiado vivas en la organización del conde de Rocanegra; y como no tenía la costumbre de dominarse ni de respetar nada, decidió satisfacer su impuro deseo.

Para conseguirlo no debía reparar en medio alguno, pues era de esas criaturas para quien todos los medios son aceptables si las conducen al fin deseado.

Hizo averiguaciones, y llegó a conocer con bastante exactitud la historia de la señora Mariana y de su hija.

También supo que ésta era un modelo de virtudes; pero semejante circunstancia, en lugar de considerarla como un obstáculo, fue para el conde un aliciente, un incentivo más.

La pureza tiene un atractivo irresistible.

Supuso el conde que en fuerza de dinero conseguiría satisfacer su afán.

Para todo esto necesitaba que le ayudase otra persona, y, buscándola, encontró a la vieja repugnante a quien ya hemos dado a conocer.

Vivía ésta de la caridad pública, según la creencia de muchos vecinos de la casa; pero en realidad se ocupaba en otros asuntos que no tenían nada de santos.

No faltaba en la vecindad quien asegurarse que la vieja era hipócrita y que guardaba mucho dinero; pero nada se veía que justificara estas sospechas.

Apenas amanecía, la señora Tomasa—porque así se llamaba la bruja—salía de su aposento envuelta en un largo manto de estameña y con un rosario que le llegaba hasta los pies.

Andando muy despacio y encorvada iba a la iglesia de San Felipe o a la de Santiago, oía misa, y luego se sentaba a la puerta y recibía las limosnas de las almas caritativas.

Cuando le parecía bien se levantaba y se alejaba; y ya nadie volvía a verla hasta el oscurecer, que entraba en su habitación, excepto algunos días, que desde la iglesia volvía a casa para recibir a cualquiera de las personas de elevada clase que tenían la costumbre de ir a socorrerla.

Hizo el conde de Rocanegra las proposiciones convenientes a la señora Tomasa, proposiciones demasiado ventajosas para que la bruja no las aceptase.

La empresa era difícil, muy difícil; pero no les pareció enteramente imposible, mucho menos cuando estaban decididos a poner en juego hasta los resortes más reprobados.

La señora Tomasa, entre otras dificultades de que hizo mención, habló del caballero que diariamente visitaba a las dos mujeres, y que trataba al señor Policarpo como hubiera podido tratar a un amigo íntimo.

Trazaron varios planes; pero de éstos no hacemos ahora mención, porque hemos de verlos puestos en práctica, y lo dicho es bastante para que se conozca hasta qué punto se complicaba la situación.

Volvióse el conde de Rocanegra a su casa, y apenas entró preguntó por su esposa.

—Creo.—le respondió un criado— que la señora condesa tuvo que acostarse temprano porque no se sentía completamente bien.

—A pesar de eso, si no duerme que le pasen recado y le digan que deseo verla.

Iba el criado a obedecer; pero el conde le detuvo, preguntándole:

—¿Y don Leandro?

—Salió, y todavía no ha vuelto.

—¡Está bien!

A los pocos minutos volvió el criado para decir:

—La señora condesa está acostada; pero no duerme, y aguarda a vuestra señoría.

Extraño era que el conde hubiese vuelto a su casa, y extraño también que mostrase tanto empeño en ver a la condesa.

Atravesó algunas habitaciones el esposo de la desdichada Margarita, y entró en el dormitorio de ésta.

La infeliz se encontraba en el lecho, y su rostro estaba lívido y desfigurado.

No podía ocultar que sufría mucho; pero justificaría su sufrimiento con el dolor de cabeza de que se quejaba.

CAPÍTULO XXVI.

El conde se muestra cariñoso y galante.

La condesa tembló a ver a su esposo, porque temía que la hubiera reconocido, o por lo menos sospechase la verdad.

Con que Leandro hubiera pronunciado ligeramente alguna palabra, o con que mediase la indiscreción más leve de algún criado, había bastante para que el conde de Rocanegra tuviese la seguridad de que era su esposa una de las tapadas a quienes se empeñó en conocer.

Otros motivos de profundo disgusto, de dolor y de trastorno tenía doña Margarita, puesto que había dejado con las espadas desnudas y ciegos de cólera al padre y al hijo:

El travieso Perico se había esforzado en tranquilizar a su señora; pero no era posible que ésta se calmara sino cuando tuviese la seguridad de que la sangre no había corrido.

¿Qué se proponía el conde al hablar a su esposa ?

Debía suponerse que su único objeto era reconvenirla duramente por lo que acababa de suceder, y, sin embargo, el ilustre conde estaba muy lejos de hacer semejante cosa.

Nos permitiremos ahora retratarle, ya que antes no hemos podido hacerlo en medio de las tinieblas del patio de la casa de vecindad, y porque teníamos que referir una escena de mucho interés.

Ya sabemos que el conde no había cumplido los cincuenta años, y añadiremos que era de regular estatura, muy bien desarrollado y robusto, tal vez con exceso.

A pesar de lo resistente de su privilegiada organización, veíanse en su rostro las huellas inequívocas que había dejado su vida borrascosa, su vida de desórdenes de todas clases.

En su juventud no debió de carecer de belleza varonil; pero ésta había ya desaparecido completamente.

El conde consideraba como la mayor de sus desdichas el haber engruesado, porque esto le robaba la agilidad que tan necesaria le era para estar en movimiento a todas horas y satisfacer así todos sus deseos.

Comía como tres hombres, bebía como diez, y no hacía caso de los consejos prudentes de los médicos, que a todas horas veían un peligro en aquella complexión apoplética.

El conde se irritaba con mucha facilidad, y el más leve motivo era suficiente para que le cegase la ira.

Era temible en sus arrebatos coléricos, pues entonces no había nada respetable para él.

Con frecuencia maltrataba brutalmente a sus criados, y esto era causa de que todos le mirasen con odio profundo, mientras que, por el contrario, amaban a la condesa y se hubieran dejado matar por Leandro.

Figúrese el lector si, tratándose de un hombre así,

debía temblar doña Margarita; no porque le infundiera miedo la muerte, sino porque sabía que su esposo era capaz de producir toda clase de escándalos.

Empero la infeliz se equivocó, y llegó hasta el último punto su sorpresa cuando vio que el conde le decía cortés y dulcemente:

—Perdonadme, Margarita; pero es demasiado grave el asunto que tenemos que tratar, y no he tenido paciencia para aguardar hasta mañana.

—Me ponéis en gran cuidado—respondió la condesa.

—Tranquilizaos, que no me parece que nos amenace ningún peligro, si oportunamente sabemos conjurar la tormenta.

—Explicaos.

—Antes decidme cómo os encontráis de salud, y... con vuestro permiso...

Y el conde tomó una de las manos de su esposa, se inclinó y la besó.

Ella le miró con asombro, porque no estaba acostumbrada a semejantes delicadezas.

—Vuestras manos abrasan—añadió el caballero—, y me parece una imprudencia que os abandonéis así. ¿Por qué no habéis mandado que venga el médico?

—¡Esto no es nada!

—Nada es ninguna enfermedad cuando principia; pero ni vos ni yo podemos hacer apreciaciones sobre este punto.

—Mañana estaré bien.

—Así lo espero y lo deseo; pero el médico os verá esta misma noche, porque yo mandaré que venga.

—¡No es menester!

—Me explicaré con brevedad, y os dejaré para que os entreguéis al reposo, que tanto necesitáis.

—Gracias, conde.

—Nuestro hijo es el objeto de mi inquietud.

—¿Pues qué ha pasado ?

—Nada y mucho, según la importancia que se le dé. Las apariencias no tienen ningún valor. ¿Quién sabe si esas apariencias son engañosas ? A la edad de Leandro están demasiado vivas las pasiones y todo puede suceder, porque fácilmente la razón se perturba y el buen juicio deja su lugar al sentimiento.

—Comprendo: querréis decir que a la edad de Leandro no es la cabeza, sino el corazón, lo que decide la suerte de la criatura.

—Esa es la fórmula, Margarita. ¡Oh! ¡Tenéis un gran talento, y así lo demostráis hasta en las más sencillas conversaciones!

La condesa empezó a tranquilizarse, aunque nunca hubo motivos para que tanto perdiese la tranquilidad.

El conde desplegó una sonrisa, besó otra vez la mano de su esposa, y le dijo:

—Hay una mujer cuya belleza ha encendido el corazón de Leandro.

—¿Estáis seguro de lo que decís ?

—Tengo pruebas.

—¿Y quién es esa dama ?

—¡Dama!—replicó irónicamente el conde— Precisamente el peligro consiste en que la mujer de que os hablo tiene de dama o de noble tanto como la última de vuestras doncellas.

—¡Me sorprendéis!

—También yo me he sorprendido.

—Mucho me desagrada que Leandro cometa cierta clase de locuras.

—Si no se tratase más que de una locura de la juventud, estaría completamente tranquilo, aunque eso también tiene, a veces, y con el transcurso del tiempo, graves consecuencias, pues es vana ilusión creer que los pecados de la juventud no se pagan más o menos tarde con

serios disgustos, con grandes trastornos, y hasta con peligros de mucha consideración.

Al oír hablar al conde se hubiera creído que era un hombre de severos principios, de conciencia escrupulosa y vida arreglada y ejemplar.

Ciertamente que el conde, nada de hipócrita tenía, ni nunca se cuidó de hacerse el asustadizo cuando de ciertos extravíos se trataba; pero aquella noche le convenía hablar como un hombre juicioso.

—Verdad es—añadió—que yo no estoy exento de culpa; pero, como padre, es mi deber evitar que mi hijo camine sin sentir hacia lo que pueda ser su perdición.

—Estamos conformes.

—Motivos tengo para creer que el amor de Leandro no es un capricho pasajero, sino una verdadera pasión, y, por consiguiente, si el mal no se remedia a tiempo, más o menos tarde sobrevendrá una desgracia.

—¿Qué clase de mujer es ésa?

—Una infeliz que vive con su madre, que no tiene padre, ni sabe quién lo fue.

—¿Es virtuosa?

—Aseguran que sí; pero su virtud no es bastante para que vea con tranquilidad esos amores. Ella se ha propuesto hacer su fortuna, y si tiene habilidad y nosotros la dejamos, conseguirá lo que parece imposible.

—Quiero creer que Leandro no piensa seducir a esa desgraciada y abandonarla después.

—Lo que piensa nuestro hijo lo ignoro; pero repito que está ciegamente enamorado.

—Si su amor es verdadero, ¿cómo remediaremos el mal?

—Dos remedios hay.

—¿Dos? Pues yo no veo ninguno.

—Os diré lo que he pensado, y me daréis a conocer vuestra opinión.

—Ya escucho—dijo la condesa fijando en su marido una mirada afanosa.

—He recordado que el comendador don Pedro de Saavedra nos dijo hace algún tiempo que con mucho gusto vería que su hija se casara con Leandro; y si esa boda se realiza...

—Leandro no podría ser dichoso, puesto que no ama a la hija del comendador.

—Mayor desgracia sería que se casase con esa otra mujer.

—Supongamos que nuestro hijo se niega resueltamente a casarse con la hija de Saavedra.

—Aun nos queda el recurso de hacer salir a la otra de la corte, y cuando estén separados, cuando se convengan de que han soñado un imposible...

—¡Perdonad!—interrumpió la condesa.

—¿Qué se os ocurre?

—Tengo esta noche la cabeza tan trastornada, que mi razón está oscurecida.

—No es extraño.

—Ante todo, sería preciso conocer los sentimientos de esa mujer.

—No me parece fácil conseguirlo.

—A mí sí.

—¿Y cómo?

—Las mujeres tenemos raras ideas y extrañas opiniones.

—La opinión de las mujeres vale mucho para mí.

—En cuestiones de corazón, de sentimiento puro...

—Pocas veces os equivocáis.

—Me alegro que tengáis tanta fe en nuestro golpe de vista.

—Proseguid.

—Permitidme hacer de manera que pueda convencer a esa desgraciada.

—Pero...

—No me faltará un pretexto para ir a su casa.

—¡Señora!...

—Es gente honrada y nada perderé.

—Pero ese pretexto...

—Si son pobres...

—No están en el caso de que vayáis a ofrecerles un socorro.

—¿Pues con qué recursos cuentan para vivir?

—La madre está enferma, baldada y muda, y la hija trabaja cosiendo todo el día.

—Pues bien; si socorros no necesitan en concepto de limosna, agradecerán que se les dé trabajo y se les pague bien; y, en último resultado, soy madre, y tengo el deber de velar por la suerte de mi hijo, así como tengo el derecho de conocer a la que en relaciones tan íntimas con mi hijo está.

El conde se movió en la silla con muestras de desasosiego.

—Debéis pensar—replicó—que una dama de vuestra clase...

—Muchas veces, y vos no lo ignoráis, he ido a la pobre guardilla de los que sufren para aliviar su situación, y al mundo no le ha parecido esto mal, ni puede parecerle, porque ser caritativos es honroso.

—Sin embargo, en la presente situación...

—No veo ningún peligro.

—Yo veo muchos.

—¿En qué consisten?

—Me parece que al fin os veréis obligada a manifestar el objeto de vuestra visita.

—Y bien...

—No sabemos si esas mujeres, alentadas por el honor que nuestro hijo les hace, se atreverían a faltarnos al respeto.

—Yo les daría una lección que no olvidarían fácilmente.

—Pero al fin la ofensa...

—Concluiría por ser un beneficio.

—No se me alcanza cómo.

—Cuando Leandro supiese que habían ofendido a su madre, dejaría de amar a esa mujer, o, por lo menos, le volvería la espalda para siempre.

—Tened en cuenta que Leandro está ciego por la pasión.

—Sobre su pasión están sus nobles sentimientos, y de ellos respondo.

—¡Cuidado no os equivoquéis!

—Conde, no quiero hacer a mi hijo la ofensa de suponer que le falta el valor para destrozarse el alma cuando sea preciso hacerlo para que el honor de su madre quede en el lugar que merece.

—Tal vez.

—Antes consentiría Leandro morir mil veces que ser esposo de la mujer que me hubiese ofendido.

—Entonces, la cuestión está resuelta, porque os sobran talento y habilidad para tender un lazo a esa mujer, obligándola a que os ofenda.

—Señor conde—replicó severamente doña Margarita—, eso sería la más villana traición.

—Para salvar a nuestro hijo...

—Todo lo haré, menos cometer ruindades.

—Perdonad, mi querida condesa, que no ha sido mi intención poner en duda la hidalguía de vuestros sentimientos.

—Dadme licencia para ir a ver a esas desgraciadas.

—¿Y si os la niego?

—Entonces no me habléis más de este asunto, y, como padre, haced lo que mejor os parezca; que entretanto yo cumpliré mis deberes de madre.

—He ahí una amenaza hecha con gran disimulo y no menos delicadeza.

—No he querido amenazar.

—Licencia tenéis, señora, y apenas os lo permita vuestra salud...

—Mañana mismo será.

—Voy a concluir participándoos lo que esta noche ha sucedido, y así comprenderéis que por muchas razones la situación es peligrosa.

—Decid.

—Para adquirir las últimas noticias sobre esos amores fui a la casa donde esas mujeres habitan.

—¿Y habéis encontrado a vuestro hijo?

—Me encontré primero con dos tapadas, que al verme se asustaron: mientras yo quise tranquilizarlas, me vi acometido por dos hombres y tuve que cruzar la espada con uno de ellos.

—¡Me hacéis temblar!

—Nada ha sucedido al fin que deba lamentarse, porque el hombre a quien quise herir era nuestro hijo.

—¡Dios mío!

—Se concretó a defenderse, y al fin se dio a conocer.

—Pero ¿qué razones tuvo para acometeros?

—Sin duda, creyó que alguna de aquellas mujeres era la que él ama, y, exaltado por los celos...

—¡Si le hubieseis herido!

—He ahí una desgracia verdaderamente horrible; pero nada de eso hubiera sucedido...

—¡Comprendo, comprendo!

—No me parece prudente que habléis de ese asunto a Leandro hasta que adoptemos una resolución.

—Nada le diré.

—Por de pronto, no os cuidéis más que de vuestra salud; y luego...

—¿Dónde habitan esas mujeres?

—En una casa de la costanilla de Santiago, esquina a la calle del Mesón de Paños.

—¿Y cómo se llaman?

—Mariana la madre, y Consuelo la hija.

—¡Consuelo! ¡Nombre tan bello como dulce!

—Sí, muy bello; pero no es bastante para ennoblecer y levantar a nuestra altura a la infeliz que lo lleva.

—Ciertamente.

—Reflexionad que si al cabo os decidís...

—Decidida estoy, porque iré a esa casa en pleno día, y así evitaré el peligro de encontrarme con tapadas que se asusten y me coloquen en una situación difícil.

Esto lo dijo la condesa con alguna ironía.

Por un momento se contrajo la frente del conde.

—Señora—replicó—, el lance que os he referido...

--Es demasiado serio.

—Ignoro quiénes son las que con sus mantos recataban el semblante.

—No me parece que os importa saberlo.

—Ya sabéis que no soy curioso.

—Supongo que conocéis a alguien en aquella casa, porque las noticias que os han dado...

—Sí; conozco a una pobre mujer a quien he socorrido, y ella, agradecida...

—¡Entiendo!

—Todo esto lo comprenderéis cuando vuestra cabeza esté más despejada.

—Ya os he dicho que la jaqueca me trastorna.

—Pues no quiero que descuidéis acudir prontamente al remedio.

—Descansando y durmiendo pasará el dolor.

—El médico vendrá.

—No, conde.

—¡Estáis muy pálida!

—Eso nada significa.

- Y, sobre todo, quiero tranquilizarme.
- Si para vuestra tranquilidad ha de ser...
- Sí.
- ¡Venga el médico en buen hora!
- Cuando se trata de la salud...
- ¡Sois muy cariñoso!
- ¡Forzoso es amar a una mujer como vos!
- Y, además de cariñoso, galante.
- ¿Acasó os sorprende mi ternura?
- Sorprenderme, no; pero...
- Acabad.
- La falta de costumbre...
- Ya conocéis mi carácter; casi puedo decir que soy rudo, pero bajo mi aspereza...
- Hay un gran corazón; ya lo sé.
- ¡Señora!...
- Si ha de venir el médico, cuanto más pronto mejor.
- Mordióse el labio inferior el conde, púsose en pie y repuso:
- Vendrá inmediatamente, y creo que sus recetas han de seros más provechosas que mi conversación.
- Hemos hablado de nuestro hijo, y debéis suponer...
- Son desagradables las noticias que os he dado.
- ¡Dios nos protegerá!
- En cuanto a lo demás, vuestra jaqueca...
- Es un doble desgracia; porque precisamente esta noche que me dedicabais algún tiempo...
- Será otro día.
- ¡Gracias, conde!
- Le pido a Dios que os devuelva pronto la salud.
- No hablaron más.
- Salió el esposo.
- La infeliz se pasó las manos por la frente, se oprimió el pecho, y exclamó:

— ¡ Situación horrible !

Había adivinado la verdad.

Enamorado el padre de la mujer amada por el hijo, ¿qué había de suceder ?

Debía esperarse todo lo malo, pues ya hemos dicho que cuando el conde quería satisfacer sus deseos, ante ninguna consideración se detenía.

No necesitaba la condesa reflexionar mucho para comprender toda la gravedad de la situación, todas las consecuencias que podía producir la pasión impura del conde.

Y entretanto el comendador amenazaba y no parecía dispuesto a ceder.

La alternativa era siempre igualmente horrible, y las circunstancias aumentaban las complicaciones, hasta el punto de hacer casi imposible la solución.

Si la condesa no sacrificaba su honra, tendría que sacrificar a su hijo.

¡ Siempre la misma lucha entre el sentimiento de su honor y su corazón de madre !

¡ Lucha desgarradora !

Y téngase presente que la desgraciada Margarita no había olvidado que el comendador le había dicho que aun vivía el inocente Querubín, que se encontraba en la corte, que era bien triste su situación, y que podía extrañarse en uno de los momentos de desesperación que tienen los pobres desamparados.

Desde que esto supo la condesa salió a la calle con más frecuencia que de costumbre, y fijaba la atención y miraba afanosamente en cuantos jóvenes tenían, poco más o menos, la misma edad que el hijo de su fatal amor y de su deshonra.

Empero, ni una sola vez sintió que latiese con violencia su corazón, y su corazón no podía engañarla.

No había transcurrido una hora cuando el médico se

presentó: examinó detenidamente el pulso de la condesa y dijo:

—Hay una alteración nerviosa.

—Que no tiene importancia, ¿es verdad?

—Por de pronto, ninguna; pero conviene aplicar algún remedio, y evitaremos así que esto llegue a ser lo que, afortunadamente, no es.

—Disponed lo que mejor os parezca, doctor; pero tened entendido que mañana quiero levantarme.

—Convendría...

—Es preciso.

—¿Y tendréis que madrugar, señora?

—Eso no.

—Vendré por la mañana temprano, y si no hay otra novedad, podréis dejar el lecho a las diez o las once.

—Entonces, recetad.

Así lo hizo el buen doctor, mientras decía para sí:

—Esta señora debe de haber experimentado alguna conmoción muy violenta. Todos aseguran que es dichosa, y a mí me parece que sufre mucho.

Tomó la condesa lo que el médico había recetado.

Pasó la noche sin otra novedad, porque Leandro, cuando volvió a su casa, se concretó a dirigir a su madre algunas palabras cariñosas y a saludarla respetuosamente.

CAPÍTULO XXVII

La visita

A las diez de la mañana dejó la condesa el lecho, y mientras tomaba algún alimento, mandó que preparasen su coche.

Debía acompañarla la doncella, a quien ya hemos dado a conocer, y que había participado del susto la noche anterior.

El conde no había salido aquella mañana.

Leandro había permanecido también en su habitación, pues aguardaba un momento oportuno para entrar en explicaciones con su madre.

Cuando supo que ésta iba a salir, le propuso acompañarla; pero ella respondió:

—Quédate y espérame, si es que otra cosa no tienes que hacer.

No se atrevió Leandro a replicar.

Supuso que su madre iba a ver a Consuelo.

Tembló el joven, porque estando desprevenidas las dos mujeres vecinas de Policarpo, era imposible que no cometiesen alguna imprudencia, alguna torpeza.

Llamó la atención de Leandro que su madre no procurase ocultar que pensaba salir, y esto le hizo sospechar lo que era cierto, es decir, que los dos esposos habían hablado del grave asunto la noche anterior.

Meditabundo y sombrío estaba Leandro, y no hacía más que preguntarse qué era lo que significaba la presencia de su padre en la casa donde Consuelo vivía.

La señora Tomasa era uno de tantos vecinos enteramente desconocidos para Leandro, y, por consiguiente, no pudo hacer muchas deducciones de la circunstancia de haberse presentado la vieja y dirigido la palabra al conde como quien se dirige a una persona conocida.

También le daba mucho que pensar que la hipócrita bruja hubiese exclamado al verle:

— ¡Es el mismo!

Porque esto probaba que de Leandro se había preocupado otras veces.

Siglos le parecieron al joven los minutos que tardaba en poner en claro sus dudas; pero tuvo que resignarse y esperar, porque no le pareció bien salir de casa hasta que su madre volviese.

Se vistió sencillamente la condesa, aunque como a su

clase correspondía, y seguida de su fiel doncella, entró en el pesado coche, que, arrastrado por dos corpulentas mulas, se puso en movimiento haciendo retemblar los edificios.

Quince minutos después se detenía junto a la puerta de la casa donde vivía Consuelo, y el buen sastre, maravillado y sorprendido, interrumpió su trabajo, se levantó y sacó la cabeza por la ventanilla del biombo.

El lacayo abrió la portezuela del coche, y la doncella, que ya estaba instruída, salió, entró en el portal, se acercó al biombo, y preguntó al señor Policarpo:

—¿No vive aquí una mujer que se llama Mariana y que tiene una hija cuyo nombre es Consuelo?

—En esta casa viven, y en uno de los cuartos principales.

—Gracias.

—¿Queréis verla?

—Claro es que sí.

—Pues os acompañaré, porque si no será difícil que acertéis con la habitación de la señora Mariana.

—Si no os sirve de molestia...

—Cumplir un deber no es molestia para mí—repuso el sastre mirando a la doncella y diciendo luego para sí:

—¡Es bonita y, sobre todo, tiene unos ojos!...

Quizá por primera vez desde que estaba viudo el buen sastre se había detenido a apreciar la belleza de una mujer; pero esta que pudiéramos llamar mala tentación pasó muy pronto. Salió de su chiribitil el señor Policarpo, y, aunque de reojo y fugazmente, miró hacia el coche.

No pudo contener una exclamación de asombro, porque le había deslumbrado la hermosura majestuosa de la condesa.

—¿Qué os sucede, buen hombre?—le preguntó la sirviente mientras atravesaban el patio.

—La verdad: esa noble dama

—¿La conocéis ?

—Nunca he tenido la dicha de verla; pero es tan hermosa... ¡Jesús! ¡Dios me perdone!

—¿Habéis dicho alguna blasfemia ?

—No; pero haberme tomado la libertad de encomiar la hermosura de vuestra noble señora...

—No es un crimen, y, además, supongo que estáis acostumbrado a tratar con ilustres personajes, pues vuestro oficio...

—¡Sí, sí!

La doncella no pudo continuar la conversación, porque llegaron al cuarto de la señora Mariana.

—Aquí es—dijo el sastre.

—Vuelvo a daros las gracias.

—Deseo serviros.

Llamó la sirvienta.

Pocos momentos después la puerta se abrió, y apareció Consuelo preguntando:

—¿Qué se os ofrece ?

—¿Sois la hija de una mujer que se llama Mariana ?

—Sí.

—Pues deseo decir a vuestra buena madre dos palabras de parte de mi señora.

—Entrad, y le diréis cuanto bien os parezca; pero tened entendido que no podrá contestaros, porque su enfermedad no se lo permite.

—Lo único que necesito preguntarle es si quiere recibir a mi noble señora, que ha quedado a la puerta en su coche.

—¿Vuestra señora ?

—Eso he dicho.

—¿Y quién es ?

—No me ha dado permiso para revelar su nombre;

pero sí me ha dicho que *necesita hablar con vos* o con vuestra madre de un asunto de interés.

—Ha podido subir desde luego.

—Os advierto que aunque mi noble señora es muy rica y ocupa una elevada posición, respeta a los pobres lo mismo que a los ricos, y por nada del mundo entraría en vuestra casa si no le dieseis licencia.

—Mucho me place tener la honra de conocer a una dama de sentimientos tan nobles.

—Pues al momento subiré.

Alejóse la doncella.

—¿Qué significa esto?—se preguntó la hija de Mariana— Hay en esta visita algo de misterioso. ¡No importa: mi conciencia está tranquila!

Volvió al lado de su madre y le participó lo que sucedía.

La sorpresa se pintó en el rostro de la señora Mariana.

No habían pasado cinco minutos cuando volvieron a llamar, y al abrir Consuelo se encontró frente a frente con la madre de Leandro.

Por algunos momentos se contemplaron las dos mujeres como si con la mirada quisieran penetrar hasta lo más recóndito del alma.

—¡Perdonad!—dijo la condesa con dulcísima voz.

—¡Entrad, señora, entrad!—respondió Consuelo con acento respetuoso, aunque muy lejos de la humillación.

Entró la dama, miró a la enferma, y *sonriendo* con una dulzura encantadora, dijo:

—Ya sé que no podéis contestarme; pero acepto con la mayor complacencia el saludo que con la intención me dirigís. Vengo tal vez a turbar vuestro reposo; pero tengo que cumplir un deber sagrado, y cuando se trata de cumplir los deberes, se hace todo.

La señora Mariana, completamente aturdida, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

La madre de Leandro se sentó en la silla que le ofrecía Consuelo.

—¿Me permitiréis que coordine mis ideas antes de explicarme?

—Señora, sois muy dueña de hacer lo que mejor os parezca.

Lo que la condesa quería era seguir examinando el rostro bellísimo de la joven.

¿Qué podía deducir de aquel examen?

Lo más favorable para Consuelo.

Transcurrieron algunos momentos.

La señora Mariana miraba ansiosamente a la condesa.

—¿Por qué ésta había dicho que iba a turbar el reposo de aquellas dos infelices?

Sin embargo, los más nobles sentimientos se revelaban en el semblante de la ilustre dama.

Por fin, ésta rompió el silencio para decir a la enferma:

—Sé que vuestra hija ama a un hombre...

—¡Perdonad! —interrumpió Consuelo.

Y su frente se contrajo, y su cabeza se levantó con altivez.

—¿Qué queréis decir? ¿No necesitáis que me explique?

—No.

—¿Acaso adivináis?...

—Tengo la seguridad de que sois la condesa de Rocanegra, y si habéis venido para aconsejarme que vuelva la espalda a vuestro hijo y para hacerme comprender que mis aspiraciones son una locura, habéis perdido el tiempo lastimosamente.

—Lo que acabáis de decir puede significar dos cosas enteramente contrarias.

—Señora condesa, soy pobre, no tengo un nombre ilustre, ni siquiera plebeyo; pero sí tengo algo en qué fundar mi orgullo, y mi orgullo es tan desmedido, que yo misma me arrancarí­a el corazón antes que ser esposa de vuestro hijo para verme despreciada por su madre. Habéis perdido el tiempo, sí, porque bastaba una leve indicación para que yo le dijese a Leandro: «Si eres rico porque posees montones de oro, yo soy rica también con mi honra inmaculada; y si es mucho tu orgullo por lo ilustre de tu cuna, el mío es mayor por la grandeza de mi alma, y, por consiguiente, no eres bastante para mí».

La condesa, completamente aturdida, replicó:

—¿Eso haríais?

—Eso haré, y no temáis que me falte el valor para cumplir mi propósito.

—¡Oh!

—Señora condesa de Rocanegra—repuso Consuelo con exaltación creciente y poniéndose en pie—, nada más tengo que deciros, y podéis volver tranquila a vuestra casa.

La infeliz madre exhaló un penoso suspiro, elevó al cielo una mirada dolorosa y murmuró:

—¡Pobre hijo mío!

Luego añadió, dirigiéndose a la joven:

—Sentáos y escuchadme, y os convenceréis de que demasiado fácilmente os habéis dejado arrebatar.

—Señora...

—Sí; os habéis equivocado, puesto que habéis creído que me presento en esta casa para ofenderos, para hacer escarnio de la pobreza, y hasta de la virtud: creéis que he venido para recordaros que entre vos y mi hijo hay una gran distancia, para haceros comprender que vuestras virtudes nada valen en comparación de la nobleza de raza y de las riquezas de Leandro. Mal me juz-

gáis, aunque tal vez el mundo no es menos torpe que vos.

Y al decir esto la condesa desplegó una sonrisa leve, pero profundamente amarga.

Empezó a sentirse turbada Consuelo; es decir, que se trocaban los papeles.

Si la ilustre dama no había ido para hacer comprender a la joven que no podía ser esposa de Leandro, ¿qué objeto tenía su visita?

Era imposible adivinarlo.

En el semblante de la señora Mariana se pintó una angustia mortal.

La infeliz sufría mucho porque no podía decir lo que sentía.

Esto lo adivinó la condesa, que, dirigiéndose a la enferma, dijo:

—Recobrad la calma, que ningún peligro amenaza a vuestra hija, y si no podéis decir lo que pensáis, yo lo comprendo, porque lo expresan vuestros ojos. La desgracia os ha perseguido siempre, habéis tenido que devorar grandes sufrimientos; pero, creedme: soy mucho más desgraciada que vosotras, mucho más, aunque el mundo me cree feliz, aunque parece que debo ser dichosa con mis riquezas y mi elevada posición. Los corazones que sufren se comprenden con facilidad, y nosotras nos entendemos; no lo dudéis.

—Os pido perdón—dijo Consuelo—, y si mal os juzgué...

—Nada se ha perdido.

—Aseguráis que ningún peligro me amenaza, y mi corazón me dice todo lo contrario.

—¿Desconfiáis de mí?

—No, señora condesa, porque hay en vuestro semblante y en vuestra voz algo que llega a lo más recóndito del alma, que conmueve, y... ¡No acierto a explicarme!

—La verdad no puede confundirse nunca con la mentira.

—Eso he querido decir.

—Si tuvieseis un hijo, habrÍais adivinado el objeto de mi visita: mucho me equivoco, o vuestra madre no necesita más explicaciones para comprenderme.

La señora Mariana movió la cabeza como si quisiera decir que la condesa no se equivocaba.

—¡Ya lo véis—añadió doña Margarita—, nos entendemos!

—Señora, me concreto a escuchar.

—Puedo envanecerme de haber enseñado a mi hijo a dar a la virtud y al honor lo que el honor y la virtud merecen. Con ocasión de ciertas proposiciones de casamiento, le dije a Leandro una vez: «Tu mejor esposa será, no la más noble ni la más rica, sino la más virtuosa y la que más te ame, y, por consiguiente, rica o pobre, noble o plebeya, me parecerá bien la que elijas, si por sus merecimientos es digna de ti.»

—¡Ah! ¡Tenéis un gran corazón!

—¡No juzguéis otra vez con ligereza!

—Vuelvo a escuchar, señora.

—¿Cómo conocisteis a mi hijo? ¿Cómo llegó a suceder que le amaseis? Esto he podido preguntárselo a cualquiera de las personas que os conocen; pero quiero que vos me lo digáis.

—Y os diré la verdad.

—No podéis mentir; ya lo sé.

Consuelo, con una sencillez encantadora, refirió detalladamente lo que ya saben nuestros lectores en punto su amor.

Muy atentamente escuchó la condesa, y comprendió perfectamente aquel relato, que para otra hubiera sido poco menos que incomprensible.

No es menester decir lo que se desprendía de los sucesos referidos por la joven.

Ni la virtud ni los nobles sentimientos de ésta podían ponerse en duda, y era forzoso reconocer que estaba dotada de un espíritu que nada tenía de vulgar.

En cuanto a su amor a Leandro no era posible ponerlo en duda.

Todo esto debía servir para aumentar el sufrimiento de la ilustre dama, pues a ella le convenía encontrar motivos para acusar a Consuelo.

Esto era imposible.

Las bellísimas prendas de la hija de la señora Mariana puede decirse que anonadaban a la condesa.

¿Qué resolución adoptar ?

Para complacer al comendador y salvar la honra era forzoso, a más de exigir a Leandro un gran sacrificio, cometer una injusticia, destrozar el corazón de Consuelo, hacerla tal vez morir devorando la amargura del más horrible desengaño.

¿Cuál de aquellas dos mujeres era más digna de lástima ?

La condesa.

Y como si todo esto no fuese bastante para hacerle sufrir mucho, recordaba la presencia de su esposo en aquella casa la noche anterior y las palabras demasiado significativas que le había oído pronunciar cuando hablaba con la vieja.

No eran los celos los que atormentaban a doña Margarita, sino que había empezado a sospechar la verdad, y se horrorizaba a la sola idea de ver convertidos en rivales al padre y al hijo.

Y aun ignoraba la infeliz que era muy fácil que su hijo Querubín mirase a Leandro con el odio que se mira a un rival.

¿Tendría fuerzas la pobre madre para soportar tantos y tan rudos golpes como la amenazaban ?

Lo dudamos.

Por algunos minutos guardó silencio.

Consuelo esperaba con una ansiedad inconcebible.

¿Qué había de decir la condesa ?

No lo sabía. Por fin rompió el silencio.

—No puedo responder de lo que sucederá—dijo con voz alterada—; pero si no se cumplen vuestros deseos, si no llegáis a ser su esposa, no le acuséis, porque la culpa no será suya, ni a mí me acuséis tampoco, ni a nadie.

—¿Pues a quién ?

—A las circunstancias, a la fatalidad.

El rostro de la joven se cubrió de mortal palidez.

La señora Mariana tembló y exhaló un gemido.

—¿Os opondréis a que vuestro hijo sea mi esposo ?—preguntó tímidamente Consuelo.

—No lo sé.

—¿Qué vos misma no lo sabéis ?

—Lo sabe Dios, y no puedo deciros más que reconozco que sois digna de llevar el ilustre nombre de mi hijo digna de su amor, y aun del amor de un hombre que valiera más que Leandro.

—Entonces...

—Reconozco que no le amáis por interés y que os alegraríais que fuese pobre, más que vos.

—Hacéis justicia a mis sentimientos.

—En cuanto a lo demás.

—¿Y vuestro esposo ?

—Se opondrá; no lo dudéis.

—¿Y no ayudaréis a vuestro hijo empleando vuestra influencia ?

—¡Mi influencia! —murmuró irónicamente la dama.

—Alguna habéis de tener cuando se trata de los asun-

tos de vuestra familia; y, sobre todo, nadie puede negaros vuestros derechos de madre.

— ¡Quién sabe si la madre ha de ser la que más haga contra el hijo!

— ¡Eso es imposible!

— ¡No, no podéis entenderme!

— ¡Dios mío! —exclamó la joven elevando al cielo una mirada dolorosa— ¿No he perdido la razón?

— No.

— ¡Un misterio!

— ¡Sí; un misterio, un secreto que no os puedo revelar!

— Pero..

— Lo único que me consuela es que tenéis valor para luchar y sufrir.

— Sí, valor tengo, y lucharé y sufriré sin exhalar una queja; pero la lucha no es la felicidad.

— Puede ser la esperanza.

— ¡Mis esperanzas se desvanecen!

— ¡Confiad en Dios!

Iba Consuelo a replicar; pero la condesa se puso en pie, diciendo:

— Me tomaré la libertad de daros un consejo.

— Decid, señora.

— Es posible que algún hombre depravado fije en vos la mirada con intención de herir vuestra honra.

— Ese hombre no puede ser Leandro.

— No, no puede ser mi hijo; pero hay otros muchos que para satisfacer sus impuras pasiones son capaces de cometer todos los abusos.

— Os agradezco el aviso, y si os explicaseis con más claridad..

— Eso es otro secreto.

— Pensad que se trata de mi honor, que es lo único que poseo.

— ¡Desconfiad de vuestros vecinos!

— ¿De mis vecinos? Con ninguno tengo amistad más que con el que nos ha favorecido siempre, y de su honradez no dudo.

— Hay otros; una mujer.

— ¿Una mujer? ¡No adivino!

— Vivid prevenida, porque con dinero y audacia es fácil que os tiendan un lazo.

— Señora...

— No sé si volveremos a vernos; pero, cualquiera que sea vuestra suerte, os lo repito, creed que soy mucho más desgraciada que vos. Nada os ofrezco, porque nada aceptaríais.

En vano suplicó la joven para que la condesa se explicara con más claridad.

Con fraternal ternura besó doña Margarita la frente de la pobre Mariana, y murmuró:

— ¡Infeliz! ¡Yo comprendo lo que sufre, porque soy madre!

Y en tanto que dos lágrimas se escapaban de sus ojos, salió doña Margarita, bajó la escalera, atravesó rápidamente el patio y el portal, entró en el coche y dijo:

— ¡A casa!

Púsose en movimiento el pesado vehículo.

Algunos minutos después se atrevió a decir la doncella:

— ¡Estáis muy agitada!

— ¡Estoy horrorizada!

— ¿Acaso suponéis?...

— ¡Debe de ser la misma!

— Perdonad si os digo que a toda costa es preciso evitar...

— ¡Nada podemos hacer!

— Si el señor conde supiera...

—Lo sabe.

—¡Jesús!

—¡Temo desgracias horribles!

La doncella, que había comprendido toda la gravedad de la situación, guardó silencio.

Apenas la condesa llegó a su casa, mandó que llamaran a su hijo.

CAPÍTULO XXVIII

Leandro se aturde.

Leandro se presentó a su madre.

Si ella sufría mucho, no sufría menos él.

La condesa continuaba en el mismo estado de violenta agitación en que la hemos visto, sin que aun le hubiera sido posible recobrar la calma.

—¡Madre mía! —murmuró Leandro.

Ella, como si quisiese cuanto antes terminar la conversación, preguntó:

—¿Es posible que dejes de amar a Consuelo?

—Ya os lo he dicho.

—¡Oh!

—¿La habéis visto?

—Sí.

—¿Y acaso?

—¡Es un tesoro de virtudes y de ternura!

—Entonces...

—¡Es digna de ti!

—¡Ah! —exclamó el joven poseído de júbilo.

Y cogió y besó muchas veces las temblorosas manos de su madre.

Esta hizo un gesto doloroso.

—¡Me hacéis feliz, porque contando con vuestro apoyo!

—Leandro, tu amor es una desgracia inmensa.

—¿Y por qué?

—Examina tu corazón, y dime si amas más a Consuelo que a tu pobre madre.

—¡Mi madre ante todo! —respondió el joven sin vacilar.

—Pues, entonces, olvida a esa noble criatura; olvida-la, y disponte a ser esposo de la hija del comendador.

Como el que ha nacido ciego y de repente ve la luz, así quedó Leandro; y hacemos esta comparación, porque sólo así podemos hacer comprender su sorpresa.

No pudo articular una sílaba.

Abriéronse desmesuradamente sus ojos y miró a su madre con extravío.

La condesa se oprimió el pecho, queriendo contener violentas palpitaciones de su corazón.

Reinó un silencio profundo; silencio que tenía mucho de imponente, y aun de aterrador. Lo primero que pensó Leandro era que su madre había perdido la razón.

Si ella reconocía que Consuelo era un tesoro de virtudes, lo mismo que un prodigio de belleza, y que, además, merecía ser esposa de Leandro, ¿cómo le exigía que la olvidase?

¿Y por qué para exigirle esto comparaba el amor del joven hacia Consuelo con su amor filial? Y, por último, ¿por qué le exigía además el sacrificio de que se casase con la hija del comendador?

Esto era incomprensible para quien no conociese el terrible secreto de doña Margarita. La situación era demasiado violenta, y debía terminar muy pronto.

Leandro estaba dispuesto a sacrificarse por su madre, pero era menester que supiese por qué se sacrificaba y qué clase de beneficio había de producir su abnegación, pues ignorándolo dudaría siempre, suponiendo que podía haber un error que él quizá acertaría a desvanecer.

cimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo. Don Leandro consiguó averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro. En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir, a pesar de intentarlo al ver que su madre sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo. La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro; el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó la noticia de su muerte. Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Reanudó sus amores con doña Margarita, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid. Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no lo logró encontrarle. Se retiró a vivir a su palacio, mientras la condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinosamente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija. Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Éste descubrió a la condesa que conocía su secreto y que sabía dónde se encontraba el hijo perdido. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al saetre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El saetre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Ésta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de éste a las habitaciones. Querubín descubre a María los amores de Leandro y Consuelo; y María se los relata luego a su padre, como un motivo más para rechazar esa boda. El comendador ave igual que la amada de Leandro es una hija suya, que abandonó tiempo atrás, e implacable, decide quitarla de en medio y realizar la unión de María con Leandro, cueste lo que cueste. Para ello vuelve a visitar a la condesa de Rocanegra, y le pone al corriente de lo que sucede, ocultando que Consuelo es hija suya, y en cambio, calumniándola.

La condesa va a casa de Consuelo a cerciorarse de si la muchacha es o no digna de su hijo. Allí encuentra casualmente a su esposo, el conde, y se entera de que intenta seducir a la amada de su hijo, ayudado por una infame vieja que habita en otro de los pisos.

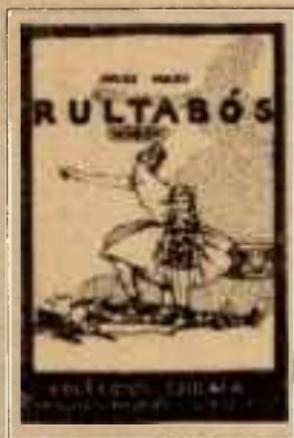
El conde divisa a la condesa en el oscuro patio, y creyéndola una joven bonita quiere obligarla a descubrirse. En tan crítico momento, acude Leandro, acompañado de su fiel criado Pedro, y comienza a batirse con su padre, mientras el criado facilita la huida de la condesa. En el curso del combate se reconocen padre e hijo y envainan las armas.

Leandro sabe que su madre conoce sus amores y no ignora que es don Pedro quien se los ha descubierto; pero cree que a éste se los ha contado el señor de Guevara, protector de Querubín, y se promete pedirle cuentas.

COLECCION ENIGMA



NOVELAS DE EMOCION Y DE MISTERIO



ENIGMA 1.ª serie

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------------------------|
| 1 — J. Verne — Rultabós | 11 — G. LEROUX — El corazón secuestrado |
| 2 — " — El bufón por sacrificio | 12 — " — Rouletabille en Rusia |
| 3 — " — ¡Por ella! | 13 — La Rouge — El saqueo del espacio |
| 4 — " — La estufa de una mujer | 14 — " — Al astro espantoso |
| 5 — " — La venganza del Destino | 15 — SPYGLASS — El capitán Lagarde de Jazac |
| 6 — " — El secreto de Mari-Rosa | 16 — " — Los amores de Francisco I y la Guineada |
| 7 — " — Ultraje Mortal | 17 — " — La marquesa dolorosa |
| 8 — ESTAUNIE — Las cosas ven | 18 — " — La favorita |
| 9 — G. LEROUX — Bibi, tomo I | 19 — " — El misterio de miraflores |
| 10 — " — " — II | 20 — " — El hijo de Santos |

PRECIO DE CADA TOMO, EN NUESTRA

2,50 PESETAS.